

# La composición del fenómeno y el fenómeno de la composición

MANUEL LARROSA

Entre los estallidos de las bombas atómicas en ciudades del Japón y la falla de la planta atómica de Chernobyl se ubica el periodo más demencial y devastador del *progreso* comandado por la tecnología bélico-industrializadora, que un optimismo acrítico pudo considerar —en la arquitectura— funcionalista. La cauda destructiva queda acotada por esos tres estallidos puntuales pero la demolición del hábitat, entre 1945 y 1989, fue persistente y se extendió por todo el planeta. De los bombazos de la guerra fría se destacan: la devastación del medio ambiente *justificada* por la industrialización a ultranza; las carreras armamentistas y por la conquista del espacio, con el consiguiente olvido de las prioridades sociales; la sobrepoblación urbana y el abandono del urbanismo en aras de sistemas tecnológicos para la masificación, que resuelven a medias los problemas y liquidan con eficacia totalizadora la vida cívica.

La Ciudad Universitaria de México, en su núcleo original, se realiza dentro de este marco que, tratándose de productos urbano-arquitectónicos, he llamado *La composición del fenómeno*, con objeto de aliviar a la arquitectura de esa condición pasiva que no obstante definiciones tan brillantes como la de Octavio Paz (“testigo insobornable de la historia”), la dejan en alguna medida en esa misma condición: el testigo, aunque es importante, no es el actor, y la Ciudad Universitaria —vista como obra arquitectónico-urbanística— da un excelente testimonio de muchas condiciones históricas pero vista como obra artístico-utilitaria participa señaladamente en lo que llamo *El fenómeno de la composición* por su calidad en la composición espacial, lograda gracias a la capacidad de los artistas que supieron dotar al espacio habitable de un perfil que no proviene sólo de trasladar al espacio construido las condiciones que la época en cuestión le imponen a la arquitectura y al urbanismo sino las que estas disciplinas pueden aportar a la formación de dicho perfil.

La Ciudad Universitaria resulta, de esta manera, testigo y actriz, es decir: reflejo de una época y al mismo tiempo forma constitutiva no sólo de la época en la que se da sino de las sub-

secuentes; cualidades de ubicuidad que sólo se obtienen por medio de la expresión artística.

Sin incurrir en vanaglorias provincianas, se puede afirmar que este conjunto entró a la historia de la arquitectura moderna porque resumió los principios con los que el funcionalismo planteó el espacio urbano-arquitectónico en el entendido de que en nuestro país, después de ella, nunca se produjeron realizaciones de tal dimensión física y enjundia cultural.

Tampoco se trata de introducir esta obra en un libro de *records*, ya que la valoración de este conjunto se hace aquí a partir del aspecto cualitativo que alcanzaron en él los principios del funcionalismo, tanto en los edificios como en su disposición urbana.

La diferencia entre la filosofía y la arquitectura radica en que la filosofía tiende a ser universal, en tanto que la arquitectura, por más universal que se proponga ser, sólo da soluciones *caso por caso* a las condiciones particulares del sitio, del usuario y del creador; es decir, la arquitectura “trabaja a domicilio”, mientras que la filosofía es, por derecho propio, una *transnacional*. La analogía no trata de ser peyorativa con ninguna de las disciplinas, sólo propone dar cuenta de la enorme equivocación en que incurre la arquitectura cuando pretende convertirse en un sistema filosófico o cuando alguno de estos sistemas se instituye en cliché para la producción del espacio habitable, como sucedió con el racionalismo y sucede actualmente con el posmodernismo.

La edificación de la Ciudad Universitaria de México constituye un momento luminoso de la arquitectura mundial en el cual la filosofía del racionalismo aplicada a las exigencias de un sitio, un tiempo, una sociedad usuaria y una legión de creadores, produjo una obra que se antoja resultado de la socrática *frónesis* y no sólo del logos racionalista, traicionado meticulosamente por el racionalismo arquitectónico.

No hubo en la obra de la Ciudad Universitaria una sola individualidad que polarizara en torno de su punto de vista o de su participación en ella el protagonismo que hoy las individualidades le dan a las grandes obras urbano-arquitectónicas.



Frontones

La individualidad —que fue el generador de la modernidad en el Renacimiento— a fines del siglo XX es, al parecer, el grito del nacimiento del posmodernismo. La Ciudad Universitaria es ¿el único? momento de la arquitectura mexicana que convocó al coro de las individualidades cantando la partitura de una insólita *frónesis*.

La extraña pero de algún modo armónica convivencia de los prehispanizantes frontones con el futurista pabellón de rayos cósmicos; el volcánico estadio; el monolítico paralelepípedo edificio de Humanidades; la nucleada Escuela de Arquitectura; la enhiesta Rectoría; la Biblioteca: dubitativa entre ser una escueta caja de muros o un sueño organicista... todo ello se encuentra tejido por la gran olvidada del racionalismo: la naturaleza, que ahí, en la Ciudad Universitaria, dejó de ser *lo que sobra*, después de construir (tal y como lamentablemente se acostumbró en el siglo XX), para convertirse en el elemento *que estructura* lo que se va a construir.

Hoy a los conjuntos que arrasan con los vestigios históricos y con la naturaleza se les llama en nuestro país megaproyectos pero lo que verdaderamente no tiene medida en ellos es la indiferencia por el medio y la traza histórica.

La Ciudad Universitaria nunca fue —por fortuna— un megaproyecto pues lo más grande de ella ya estaba en el sitio antes de que se construyera: el Pedregal y la flora, que ahí prevalecen enriquecidos por lo que les añadió la Ciudad Universitaria.

Los espacios abiertos, al cabo de cuarenta años, han acabado por dominar en el conjunto, a pesar de los desafortunados añadidos al núcleo original que, por desgracia —salvo el magistral Espacio Escultórico—, no aportaron nada al concepto urbanístico-arquitectónico. Estos añadidos, en cambio, llenaron con estacionamientos, a los que no se incorporaron los valores de la naturaleza del Pedregal, buena parte de los sitios que les

correspondió ocupar; herencia lamentable recibida en comodato de los centros comerciales y las tiendas de autoservicio.

El racionalismo maquinizado y maquinizante convirtió al automóvil en el símbolo y el conductor del progreso material de los individuos pero desgraciadamente la filosofía racionalista no alcanzó a permear las formas de organización urbana... En la Ciudad Universitaria esto resulta, más que evidente, lamentable: al generoso y acertado sistema peatonal (el de mayor longitud y calidad ofrecido en un conjunto arquitectónico de nuestro país) se fue agregando el paupérrimo, aunque extenso, conjunto de estacionamientos.

En el Congreso Universitario la única ponencia que se aprobó por aclamación y unanimidad fue la del arquitecto Ernesto Velasco León, entonces director de la Facultad de Arquitectura; él propone declarar la Ciudad Universitaria patrimonio cultural de la humanidad con todo lo que esto implica: respeto, restauración, conservación y vigilancia sobre lo que se decida añadir a este ejemplar conjunto, el cual concilió la teoría y la práctica, lo comunitario y lo individual en el trabajo creativo de más de sesenta arquitectos. En el aspecto territorial reunió, con calidad y por única vez en el siglo XX mexicano, la tríada naturaleza, ciudad y arquitectura.

El periodo de creatividad colectiva que generó la Revolución mexicana dio lugar a valiosos proyectos arquitectónicos con capacidad de *hacer ciudad*, y lo fueron no sólo por su valor social sino por su valor artístico; el caso de la Ciudad Universitaria (núcleo original) resulta paradigmático: después de cuarenta años expresa con plena vigencia la perfecta integración y el equilibrio entre La composición del fenómeno y El fenómeno de la composición.

Si no fuera porque su venturosa existencia lo impide, la Ciudad Universitaria podría ser una de las *Ciudades invisibles* que Italo Calvino le relató a Marco Polo para que éste, a su vez, se las contara a Kublai Jan, emperador de los tártaros. ●